

RUBÉN RODRÍGUEZ RÍSQUEZ
UCRONÍA NO ES UN PAÍS
PEGADITO A RUSIA



LITERUP EDICIONES

© *Ucronía no es un país pegadito a Rusia*, Rubén Rodríguez
Rísquez, 2019.

© de la portada, Libertad Delgado, 2019.

© de la maquetación, Jose Molina & Meritxell Terrón, 2019.

Lectores beta: Rep A. L., Cristina Alfaraz, Celia Añó, Cristina
Ogando, M^a Pilar Vicente y Alba M. Vila.

Primera edición: diciembre de 2019

© Literup Ediciones
www.literup.com

Depósito legal: V-3743-2019

ISBN: 978-84-121870-8-3

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Accidente de coche; emetofobia; hospitalización; muerte o asesinato; sangre, gore o lesiones; violencia, tiroteos o tortura.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita <https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a contacto@literup.com

A Beteo, por limpiar, fijar y dar esplendor.

A Valeria Camporesi y a Juan Antonio Ramírez. Sin ellos
los viajes en el tiempo no hubieran llegado tan lejos.

A Sergio, que me prestó el personaje del rey Gelatina
para esta *novelette*.

PRÓLOGO

Deja que te aclare algo: el futuro no es lo que era y además hace un calor de muerte. Para que luego nieguen el cambio climático. Mi historia comienza una calurosa tarde de noviembre. Lo era incluso para los estándares de Nébulon 5. Y creedme si os digo que los nebulianos se echan una rebequita por encima cuando llegan a las puertas del mismísimo infierno.

El sudor hacía que la camisa de manga corta con estampados de flamencos quedara unida a mi espalda del mismo modo que un político corrupto se agarra a su jugosa comisión en la construcción de una autopista interestelar.

No me consideraba un mal tipo, pero en aquel instante habría sido capaz de matar a un cardasiano por un rumor, por una pista, por aire acondicionado o por una oficina con ventanas. La cuestión que me ocupaba me quitaba el sueño. Y no era un mal detective.

Tras librar a la Tierra de un destino fatal gracias a no perderme ni una serie de abogados, volvimos al planeta a bordo del White Dolphin. Desde que llegué al futuro no había pisado tierra firme y reconozco que tenía cierta curiosidad por ver cuáles eran los avances

más destacados de la sociedad. Alerta de *spoiler*: no hay monopatines antigraavedad, trajes de papel albal ni mayordomos robots. La gente es mezquina, el poder se reparte entre una minoría ridícula y las masas están aborregadas por deportes como el boxedrez y el rugby submarino o por espectáculos como *Los grandes supervivientes quieren casarse con mi hijo después de cenar conmigo (deluxe)*. No creo que te puedas hacer a la idea.

Lo importante es que mi aventura solo me reportó cierta fama y exiguo beneficio económico. Lo suficiente como para poner una cochambrosa agencia de detectives en uno de los peores barrios de Carolina del Norte. No veas lo que ha cambiado Carolina del Norte.

Llevaba poco en este negocio, pero los éxitos cosechados en mi breve carrera como investigador privado me labraron una reputación. El caso del escritor al que apuñaló su propio ego fue bastante sonado. El del astronauta en el cráter me puso en el mapa. Y el de los hermanos en el refugio radiactivo salió en todos los informativos y, por supuesto, está el asunto que hizo que me dedicara a esto: el asesinato de Vinicius Andrónico. Pero entonces... Entonces sentí que estaba en un callejón sin salida. Tenía aquellas imágenes delante de mí y no sabía qué era lo que estaba viendo. Un pobre desgraciado yacía en un sofá con una herida en el corazón y un corte en el antebrazo izquierdo. A ese mismo lado se encontró una taza en el suelo y café desparramado por toda su ropa. El interfecto se

hallaba en una habitación sin ventanas, con la puerta cerrada y sin ningún registro de acceso que no coincidiera con el suyo. Su novia era la única sospechosa, dado que el fiambre escribió con sangre su nombre en el pantalón: «Anna». El problema era que la dama pasó toda la semana en la otra punta del planeta, y nada más y nada menos que con su amante. El maromo era su coartada. Ni en la escena ni en los alrededores se hallaron armas con las que se pudo cometer el crimen. No se encontró ni una huella. La casera se tropezó con el cuerpo cuando vino a reclamar su alquiler.

Semanas después de recibir el encargo por parte de la novia del muerto (qué casualidad), servidor no tenía ni una sola pista, pero sí la certeza de que no cobraría un cheque en breve como no me pusiera las pilas.

Y entonces entró ella, enfundada en un traje negro, subida en unos tacones de vértigo y con un sobre, que esperaba que contuviera un buen fajo de panocha.

—Buenos días, preciosa.

—De buenos días, nada. Contenta me tienes. Ha sido horrible. Como vuelvas a mandarme a otro asunto con esos extraterrestres babosos te juro que no respondo.

Se plantó a la altura del perchero con la lengua muy larga y la falda muy corta. Que me emplumen en brea si no estaba colado por aquella mujer.

Era la androide más dura de la galaxia. La única que consiguió superar su programación y la espe-

ranza de vida que le venía impuesta de fábrica. Guapa como una diosa, lista como un demonio. Fuerte como el *whisky*, dulce como un «te quiero». Ya no me quedaban tópicos, así que la saludé.

—Qué pasa, ricura.

—No soy una «ricura». Y tampoco tu secretaria. Explícame por qué tengo que vestir así. —Comenzó a quitarse los tacones—. Vengo de ver a nuestros clientes de Marte y no se creían que fuera tu socia. Escucha esto: «Queremos hablar con (ZZZZZZ). Nos merecemos una reunión con tu jefe. ¿Puedes hacer eso por nosotros, monada?».

—¿Desde cuándo realizas estas grabaciones? —me interesé.

—Desde que me crearon. Disponer de la opción de grabar y reproducir resultaba muy útil cuando me dedicaba a la actuación.

—Un momento. No habrás pegado a nuestros clientes, ¿verdad? —Sus nudillos de color rojo me daban muy mala espina.

—Si no pagan no son clientes. ¿Eso es todo lo que te preocupa?

—Marcianos, nena. —Me encogí de hombros—. Quién los entiende.

—Que no me llames «nena», caray. Y todo es por tu cabezonería de no poner nuestros nombres a la agencia. Nos daría mucha más visibilidad. ¿Qué clase de nombre es Técnicos de Investigación Aeroterráquea, por cierto?

—El de una agencia en la que querría trabajar con una Ofelia a mi lado.

—No hay quien te aguante cuando te pones a hablar en plan novela negra barata.

Levanté mis elegantes mocasines del escritorio, despegué mi ropa del asiento y me incorporé con cierto brío. Quería saber más acerca del sobre y su contenido. Me puse a su espalda con la idea de sonsacarle información.

—Espero que no estés a punto de darme un cachete en el culo. Si es que no quieres perder tu mano, claro.

Carraspeé. Me estiré hacia el escritorio, alcancé el cigarro que se consumía en el cenicero y di una larga calada. Sabía a rayos. Tosí. Tosí mucho. Tosí de tal modo que pensé que echaría un pulmón por la boca. Me doblé por la mitad y di con la cabeza encima de la mesa. Vi la luz: tenía que aprender a fumar un día de estos.

—¿Entonces eso no es dinero? —Señalé el envoltorio que sostenía mientras me arrastraba de nuevo a mi silla.

—¡Ja! Ojalá, pero no. —Se abanicó con él—. De todos modos, no es importante. Ya lo abrirás a la vuelta y me dices qué te parece.

—¿Es que tenemos una cita, quizá? La agenda está vacía. —Miré mi tableta para confirmarlo—. Dame eso, anda.

Me lo entregó. Un perfecto rectángulo de papel. No me hacía falta rajarlo para saber que no contenía un solo crédito, euro, dólar, o divisa de curso legal. En efecto, podía esperar. No obstante, me disponía a descubrir su contenido cuando desapareció su sonrisa pícara (esa que me dice que oculta información y que, además, le divierte hacerlo) y cambió la mueca de su cara por una mucho más severa. Más sería que Marco en el Día de la Madre. Más sería que un gremlin en un parque acuático. Más ser...

—Es posible que tengamos un nuevo caso.

—¿Nuevo? ¡Que me aspen! No creo que podamos aceptarlo hasta que resolvamos el del tipo con el café desparramado. —Me acerqué al perchero y metí el sobre en un bolsillo interior de mi gabardina de detective.

—No tenemos demasiadas opciones. Nos reclaman en la Alianza de Planetas Aliados. Más nos valdrá acudir y mostrarnos receptivos.

Demonios. Si la APA recurría a nosotros es que algo olía a podrido en el continuo espacio-tiempo. Un escalofrío recorrió mi nuca. Ofelia cambió su voz a la del Joker de Heath Ledger antes de darme un último consejo.

—Ni se te ocurra ponerte esa gabardina cochambrosa con el calor que hace. Cámbiate de camisa, que nos vamos.

CAPÍTULO 1: VIAJE A LA LUNA

—¿Falta mucho? —El trayecto de la Tierra a la Luna no era demasiado tedioso, aunque cuando había reunión de la Alianza de Planetas Aliados siempre se pillaba algo de atasco según te acercabas al destino. Aquel día no fue una excepción.

—Cinco minutos menos que la última vez que lo preguntaste.

—¿Por qué no puedo conducir yo?

—Tienes dificultades para aparcar un carrito de golf sin abollar la chapa. —Chasqueó la lengua—. Creo que lo mejor será que siga yo a los mandos.

—Pensaba que preferías que lo llamase «desplazador».

—Intento adoptar algunos de los términos que me has enseñado. Siempre di por hecho que mi memoria era completísima, pero contigo he descubierto que solo cargaron en ella lo que les interesaba a mis creadores. —Suspiró—. Resulta que estaba programada para razonar de manera limitada mientras creía que tenía un conocimiento infinito. Fascinante, ¿no crees?

—Supongo. Desde luego, eres más divertida que cuando te conocí.

—Gracias. Intento desarrollar actitudes más humanas, como el sentido del humor. Tengo un perro que se llama Mistetas. ¿Quieres ver mis pechos?

—No dejes de practicar. —Era fantástico ver una sonrisa como aquella.

Pasó un dedo de forma suave por uno de los botones de la consola y subió el volumen.

—Y la música. Me encanta.

—Eso es maravilloso —dije casi a gritos—. ¿Puedo cambiar de canción? —Sin esperar que estuviese de acuerdo me acerqué a los mandos.

—El que conduce elige la música. —De un manotazo apartó mi dedo del reproductor, así que escuchamos a Estopa durante el resto del viaje.

Supongo que llegamos de los últimos, porque el aparcamiento estaba fatal y nos vimos obligados a dejar nuestra nave en la cara oculta de la Luna. Nos pusimos los trajes aislantes, ajustamos los cascos (a Ofelia no le hacía falta, pero era una manera de no llamar la atención más de lo debido) y, subidos en la parte trasera de un desplazador habilitado para aquel ambiente, dos mozos del orden nos llevaron hasta la sede de la APA.

A la Tierra le costó algo de trabajillo ser considerado planeta de pleno derecho dentro de una asociación como esa. Es probable que resistirse a la aniquilación y evitar volar en pedazos hiciera que se la viera con otros ojos.

¿Has visto alguna vez el cuartel general de los *Súper amigos*? La fachada era una gran cristalera de forma semicircular, la flanqueaban dos torres de color blanco y frente a la entrada se encontraba una suerte de piscina, con una escultura en tonos dorados, que se asemejaba a un iceberg punki. Resultaba una copia exacta. A excepción de la alberca, que estaba vacía.

Era la tercera ocasión que volvía por allí, y siempre por temas de la Alianza de Planetas Aliados. Deja que te diga algo: la Luna no es el sitio más preparado para el turismo. Poseer muchos mares no significa disponer de muchas playas, al fin y al cabo. Además, tenía la impresión de que daría igual las veces que subiese allí: nunca iba a acostumbrarme. Se suponía que era un sitio inaccesible, misterioso y que podía rellenar media temporada de *Cuarto milenio*, pero resulta que lo había visitado más veces que Port Aventura y encima se aparcaba peor.

—¿Aeiaiones?

—¿Qué? —Dos toques en el cristal del casco por parte de la seguridad del edificio me sacaron de mis pensamientos.

—¿Acreditaciones? —Con ese mismo vidrio levantado escuchaba sus indicaciones bastante mejor.

—Sí, claro. Un momento.

—Mientras la encuentra, tenga la cortesía de revisar mis credenciales.

Ofelia puso su dedo índice bajo su ojo derecho, lo abrió todo lo posible (que era mucho), tiró de la piel hacia abajo y lo acercó al sensor de mano del vigilante.

—¿Son de la Tierra?

—¿Lo sabe por nuestro aspecto o porque lo pone en la lectura que acaba de sacar?

Pensé en darle palique al segurata, una especie de saltamontes antropomórfico de color rosa y manchas negras alrededor de los ojos con armadura, mientras continuaba la búsqueda de mi acreditación. Malditos bolsillos de traje de astronauta. Guardaba parecido con el uniforme clásico. Según dicen, ese es más cómodo y ajustado. Lo que sí es seguro es que este tiene más bolsillitos que el cinturón de Batman.

—Porque llegan tarde. No sabría diferenciar a un terráqueo de un marciano o de un durlaniano. —Su tono era monótono y se encogió de hombros—. Me parecen todos iguales.

—Lo siento, de verdad. Lo de la acreditación, no lo de que le parezcamos iguales. Eso ha sonado un poco ofensivo. ¿Y si me la he dejado en la nave? —Me palpé el pecho y las piernas. No encontré el pase, aunque sí un perturbador michelín—. ¿Tú has visto dónde la he puesto, cariño?

—Déjele pasar, agente. Es casi inofensivo. Yo respondo por él. —Esa voz me era muy familiar—. *Qatlho'*.

—¡Araceli! ¡Qué sorpresa! ¿Qué es lo que le has dicho?

La descendiente de mi expareja en el pasado apareció tras los puestos de seguridad, con un traje pantalón holgado de color blanco. No llevaba camisa debajo, así que el escote hasta el ombligo hacía que la situación fuera bastante incómoda. El ceño fruncido y la cara de desconfianza podrían considerarse sus señas de identidad. Era sencillo encontrarla así en la retransmisión de distintos eventos oficiales en los que la Tierra apareciera representada, sobre todo desde que, además de papisa, asumió las funciones del presidente desaparecido.

—Le he dado las gracias en klingon. A ver si lo aprendes un día de estos. Y tres cositas más te voy a decir. —Levantó el dedo índice—. En primer lugar, dirígete a mí con el respeto que merece mi puesto.

—Perdón, presidenta papisa. Pensé que...

—En segundo lugar, no pienses. —Con el dedo corazón contó hasta dos—. Se te da fatal.

—Desde el respeto se lo digo, ¿no ha considerado cambiarse el título? Suena raro.

—Quita, quita. No creo en la separación de poderes. —Hizo el gesto, algo teatral, de abanicarse con la mano—. E imagina la cantidad de desgracias que sucederían si no ostentase los dos puestos.

—¿Por ejemplo?

—Que los tendría otro. —Puso los ojos en blanco—. Es que no quiero ni pensarlo, vamos. Pero seguidme, que la reunión está a punto de comenzar y digo yo que os querréis quitar los trajes aislantes.

—¿Y tercero? —Dudé si hacer la pregunta, pero la curiosidad me podía.

—¿Disculpa?

—Dijiste que ibas a decirme tres cosas.

—Es cierto: no hables a no ser que te lo pida. Me das dolor de cabeza. —Giró sobre sus talones y nos dio la espalda.

Seguridad nos permitió el acceso y recorrimos el pasillo hasta llegar a los vestuarios. Ofelia entró sin decir palabra.

—Nos juntaremos en la sala George Lucas —señaló la presidenta cuando me disponía a despedirme de ella—. Seguid el corredor por el que hemos venido. ¿Veis ese ajedrez en tres dimensiones? Es la segunda puerta a la izquierda una vez lo dejéis atrás. No tardéis.

—Enseguida nos vemos. —Levanté el pulgar—. Aunque creí que veníamos a un encuentro más informal.

—Si lo dices por la cantidad de gente que hay por aquí, no te preocupes. Son solo visitantes. De vez en cuando la Alianza de Planetas Aliados alquila el espacio para eventos como bodas, pasarelas de moda intergaláctica y grabaciones de *realities*. —Resopló—. Este fin de semana se celebra la Feria de la Navegación Espacial y concluimos que, dada la naturaleza secreta de la asamblea, lo más conveniente era hacerla a la vista de todos. —Me figuro que no pude evitar poner cara rara—. No sabías nada de esto, claro,

aunque tu novia androide estaba al tanto, del mismo modo que sabía que estaría aquí para recibirlos. Al fin y al cabo, fue quien descargó la citación.

Se dio media vuelta, reanudó la marcha y juraría que esbozó una sonrisita. Había perdido bastante tiempo con ella y tardaba mucho en quitarme el traje aislante.

—¿Aún no has entrado a cambiarte?

Mi novia (me costaba pensar en Ofelia como tal, pero imagino que esa era la palabra más apropiada) salió ataviada con el jersey rojo con el logo de la Alianza bordado y el pantalón negro que identificaba a los visitantes.

—¿Por qué no me dijiste que íbamos a encontrarnos con la presidenta? —le pregunté—. Bueno, con la presidenta papisa.

—Como dije, uno de mis objetivos es desarrollar actitudes más humanas. Para conseguirlo, he dado de alta una nueva tarea dentro de mi proyecto personal. Consiste en desarrollar sentimientos confusos hacia terceras personas, las cuales son susceptibles de interesarse por aquellos seres sobre los que deposito afecto en mayor o menor medida.

—¿Estás celosa?

—Lo intento. —Y se encogió de hombros.

Sin una idea clara acerca de lo que acababa de escuchar, accedí al vestuario para dejar mi traje de protección en una taquilla. Tenía tarea por delante.